

Josep Coll, dibujante



El ex-dibujante de TBO, Josep Coll i Coll, 60, acaba de publicar su volumen «De Coll a Coll» y de recibir el Premio Nacional de la Historieta que entrega anualmente, en el Salón del Cómic, el Club de Amigos de la Historieta. Su inconfundible estilo está ahora de moda. Sus dibujos adornan paredes de elegantes restaurantes, se exhiben en el Museo de Arte Moderno de Valencia y se publican en la revista española de cómics, partidaria de la escuela franco-belga, El Cairo. Ahora se le reconoce a Josep Coll su trabajo artesano, aquellas 60 horas que empleaba en concebir y dibujar una sola historieta, el encanto de su inocencia, la gracia de su línea y un sinfín de valores que la dirección de TBO nunca valoró. Debido a esa falta de apoyo, moral y económico, Josep Coll i Coll estuvo 20 años retirado del dibujo y trabajando de albañil, oficio menos artístico, pero con el que podía alimentar a su familia.

Josep Coll i Coll estuvo el lunes en Sabadell para tratar con Lluís Giralt, el padre de Fumetti, asuntos personales.

—¿Es usted partidario de la línea clara?

—Se habla mucho de la línea clara y me han dicho que mi dibujo pertenece a la línea clara y se parece al de Hergé y la escuela franco-belga; pero yo, la verdad, no

sé lo que es la línea clara ni la línea oscura. Cuando empecé a dibujar, ni había oído hablar de Hergé. Para mí, simplemente, hay dibujantes que saben dibujar y dibujantes que no saben dibujar.

—¿Rechaza entonces la escuela franco-belga?

—No la rechazo; sólo digo que yo dibujo monigotes, mientras que el estilo de Tintín y compañía es más realista.

—¿Cómo se compaginan la albañilería y la historieta?

—Yo más que un dibujante que ha hecho de albañil, he sido un albañil que ha hecho de dibujante. En todos los exámenes de dibujo me suspendían. Durante los 20 años que he hecho de albañil, me han solicitado varias veces de TBO, pero siempre en malas condiciones.

—¿Influye ser albañil a la hora de ponerse a dibujar?

—Sí; porque, debido a la improvisación, a un albañil se le agudiza el ingenio.

—¿Es cierto que para dibujar algunas páginas trabajaba 60 horas?

—Para dibujarlas no; el dibujo definitivo se hace en un momento. Lo difícil es concebir la historia y encontrar el movimiento y la expresión de cada personaje. Algunas historietas me llevaban toda la semana y, al final, tenía que romperlas porque no me gustaba cómo quedaban. Y aquella semana cobraba menos o no cobraba, claro.

—¿Hay una generación perdida entre los que hacían tebeos y los que hacen cómics?

—Claro, la generación Bruguera. La editorial Bruguera ha utilizado a los buenos de esa generación como negros para dibujar historietas con la firma de algún famoso.

—¿Por qué casi nunca dibuja mujeres?

—Porque las mujeres son algo maravilloso y no me atrevo a ridiculizarlas. Yo tengo devoción por las mujeres, las admiro porque ellas lo tienen todo: bondad, cariño y más fortaleza que el hombre. Son la razón

de vivir, por eso yo tengo una teoría: creo que Dios es mujer.

—Somos muchos los sabadellenses que tenemos grabada en nuestra memoria aquel anuncio en el que dos cacos hacían palanca para abrir una caja fuerte bajo el eslogan: «Imposible, es un Vimar».

—¿Ah sí? Qué curioso. Últimamente estoy conociendo muchos jóvenes que recuerdan mis dibujos y me hablan bien de ellos. Está bien, me gusta. Aquello fue un encargo de mi amigo Monlleó, el de La Farándula, que fue el primero que me descubrió. Le estoy muy agradecido.

—¿Por qué son sus dibujos tan estilizados?

—Porque cuando empecé admiraba a Benejam, el de la familia Ulises, pero, como no podía hacerlo todo igual que él, se me ocurrió dibujar las personas justamente al revés, es decir, estilizadas. Y fue una opción valiente porque en aquella época en todas las editoriales pedían formas curvas de Walt Disney.

—Usted fue uno de los primeros en dar perspectiva a sus dibujos.

—Sí, conseguí no hacer los clásicos dibujos planos, que parecían aplastados por una apisonadora y les di profundidad, las tres dimensiones, mediante sombras y otros recursos. Ahora estoy buscando la cuarta dimensión, intento que mis dibujos parezcan salir del papel, pero sin gafas bicolores ni ningún artilugio artificial.

—¿Por qué casi siempre sin palabras?

—Porque de pequeño leía mejor estas historietas sin palabras que las otras. Considero que las palabras entorpecen la lectura, la frenan, y la historieta ya no puede verse como una película, que es lo que yo quiero.

—¿Es usted tan inocente como dan a entender sus guiones, sus dibujos y esta conversación?

—Sí, soy muy inocente; mi mujer siempre me lo dice: «Que n'ets d'innocent, fill meu!».

Victor Colomer